



Cronwell Jara Jiménez

La cena, homenaje a un extirpador

Cuando los indios de la isla Puná, frente a los mares de Tumbes, apresaron a garrotazos y puñetes y sangraron a golpes a quien era el obispo del Cusco, el violento y temible extirpador de idolatrías fray Vicente de Valverde, se inició la ceremonia religiosa más feliz y encantadora –naturalmente para los aborígenes de Puná–, en donde el propio fray Vicente se vería de pronto ser el centro de las más hermosas honras y homenajes jamás, hasta ese día, ofrecidos a hombre alguno de la tierra, que no sea a un Gran Señor o a un dios.

Y aunque los de Puná sabían, a diez años de conocerlo, que fray Vicente no lo era, de todos modos los muchos curacas decidieron homenajearlo con tan dignas ceremonias, porque bien estaban informados que a este señor obispo mucho le habían aficionado: sobre todo desde que ahora cuánto se sabía quién era verdaderamente, cuál era su alta distinción y qué significaba un santo extirpador de idolatrías y, por cierto, cuánta su mucha fama.

Así, cuando con palabras suaves y tiernas frases desnudaron entre elogios su albísimo cuerpo, despojándolo de sus immaculados e imponentes hábitos de obispo y, luego, a fuerza de azotes con puntitas de espinas lo amarraron a una ancha parrilla, lo primero que hicieron los principales curacas de Puná fue congregarse frente a él y sostener un purificador y sereno diálogo como él de obispo y extirpador lo había sostenido cientos de veces con otros curacas de Puná y del Tawantinsuyo. Y entonces le preguntaron, como él cientos de veces, sólo que ahora desde otra posición, con él ahora de víctima:

-Cuéntanos, dínos cómo son tus dioses e ídolos. Habla, qué necedades y falsedades sabes.

Y como el santo extirpador dijo lo que –por su alta jerarquía y responsabilidad de buen cristiano– tenía que decir:

-Que mi dios es el más poderoso y temible como el más bondadoso.

Los curacas se indignaron por creerlo irrespetuoso, soberbio y rebelde ante los dioses de Puná, como él de extirpador también se había indignado cuando otros curacas, víctimas suyas, le habían dicho que su dios también pasaba por ser el Magnánimo y Más Poderoso.

Hasta que, cuando los curacas le preguntaron y ordenaron:

-Qué pues, si tu Dios cristiano es poderoso, ¿dónde está? ¿Y por qué no hace acto de presencia di le estamos ordenando que aparezca?

El obispo tuvo que callar, como recordaría también habían callado ante él tantos sacerdotes indios. Hasta que los mandó a la hoguera, les hizo despojar de sus pertenencias de oro; y cuando los vio arder ante el fuego y los vio morir, por fin como acto de conmiseración les otorgó la bendición de Cristo y el santo bautizo, entendiéndose que, con sus muertes, les



habría caído el arrepentimiento de adorar ídolos y de someterse ahora a la Biblia y a Ley de Dios. Todo esto fray Vicente recordaría.

Pero ahora que le tocaba a él ser el atormentado, la cosa ya era diferente. Primero, como acto de honor, vio cómo sacrificaron a seis de sus compañeros, ante un ídolo de palo y un altar, y cómo con maravillosa pericia les arranchaban el corazón.

Como también él, minuciosamente suponía, había hecho con atormentar tantas veces a los propios familiares en presencia de los curacas que iban a ser pasados por la hoguera.

Hasta que entendiendo que por raro designio de su destino, su suerte le estaba haciendo degustar lo que muchas veces él también había hecho, ahora suplicó y pidió a los curacas que, por favor, con él, por ser él un Sacerdote Principal, abreviaran obsequiándole la muerte de inmediato. Y los de Puná no se hicieron de rogar. Por lo que apresuraron la ceremonia tocando pitillos, atables y declamando himnos a sus ídolos, mientras se bebía chicha y se danzaba y reía.

Así, como bien se sabía que al extirpador mucho le gustaba el oro, le sacaron limpiamente los ojos con unas cañitas y se los reemplazaron con dos lindos chorros de oro hirviente. Dádivoso gesto de los curacas. Y hasta se creyó, por los gestos del padre, que el buen ministro cristiano, chilló de gusto.

Después, como los de Puná notaron que al obispo le estaba encantando dicho ritual, lo rociaron entonces con aceites y aderezos y untándole ají, así vivo todavía, lo ensartaron con un palo desde el ano a la boca, y empezaron a tostarlo por las brasas, sin importarles sus gritos –que más parecían de felicidad-; hasta que el asado cobró punto y empezó la merienda. Es decir, una gran cena de carnes y oro, como a fray Vicente le habría encantado hacer, sino que con otros. Aunque de haberla hecho, seguros estuvieron los de Puná, jamás este santo padre extirpador la habría ejecutado con tanta maestría y exquisitez culinaria. La sazón era exacta y refinada la calidad, considerando tan ilustres y sustanciosas carnes; y no podía ser para menos, dados la admiración y respeto con que siempre se le recordó al padre Valverde y su muy alta investidura, cuando también él achicharraba a los de Puná.

Luego, el último honor, en el extremo de una lanza con plumas y flores, exhibieron su cabeza en aquella fiesta. Y su bello cráneo en cada batalla.